

PASEO POR EL AMOR Y EL ODIO:

LA CONYUGALIDAD DESDE UNA PERSPECTIVA EVOLUTIVA

Juan Luis Linares*

Resumen

Se propone una visión evolutiva del amor complejo de pareja, con sus componentes cognitivos, emocionales y pragmáticos, a través de las cuatro etapas que son el enamoramiento, el amor, y, eventualmente, el desamor y los litigios. También se describe una tipología de parejas, en función del cruce de dos dimensiones relacionales: la organización y la mitología. Finalmente, se sugieren algunas correspondencias entre la tipología y la perspectiva evolutiva.

Palabras clave: amor complejo de pareja, nutrición relacional, estado afectivo de base, gestión cotidiana, mitología.

Key words: complex couple love, nutritional relationship, basic affective state, organization, mythology.

Introducción

La ciencia moderna ha establecido que los primates pre-hominidos fueron los inventores de las relaciones de pareja (Cela y Ayala, 2001). Cuando los cambios climáticos empezaron a hacer clarear en exceso a la selva centro-africana, nuestros antepasados decidieron arriesgarse a bajar de los árboles, poniendo textualmente los pies en el suelo para buscar su alimento de forma más eficaz. Pero lo que aquí nos interesa es que, gracias a la bipedestación, y a los cambios morfológicos que comportó, se desbrozó el camino para que los humanos se aproximaran al amor conyugal desde unas relaciones sexuales aptas para adoptar la revolucionaria posición ventro-ventral. Una postura, dicho sea de paso, injustamente desacreditada como la *posición del misionero*, que permite, sin embargo una comunicación mucho más rica y, sobre todo, el inequívoco reconocimiento individualizado del partner sexual. Así nació la pareja, e incluso la familia, puesto que también esa situación novedosa permitió empezar a reconocer la paternidad.

La *conyugalidad* puede ser definida de diversas formas. Una remitiría al amor complejo o nutrición relacional, aplicado a la relación entre los dos miembros de la pareja parental. Según esta visión, la conyugalidad nacería de la vivencia subjetiva de ser complejamente amado o amada por el otro o la otra. Y la complejidad residiría en la existencia, en dicha vivencia, de componentes *cognitivos* (como, por ejemplo, *reconocimiento* y *valoración*), componentes *emocionales* (*pasión amorosa*, *cariño*, *ternura*...) y componentes *pragmáticos* (*deseo*, *sexo* y *gestión de la vida cotidiana*, entre otros). De manera más simple y operativa, la conyugalidad equivaldría a la capacidad de resolver los *conflictos* surgidos en el ámbito de la pareja.

Existe otra versión del *amor complejo-nutrición relacional* en la familia de origen, que hace referencia a la forma como los padres tratan a los hijos (o a la vivencia subjetiva de los hijos sobre cómo son tratados por los padres), que es la *parentalidad*. Ambas dimensiones relacionales, conyugalidad y parentalidad, son de gran importancia para definir la atmósfera relacional de la familia de origen y, en consecuencia, la personalidad y la salud mental de los hijos. Sin embargo, aquí vamos a focalizar más específicamente la conyugalidad, en tanto que eje vertebrador de la pareja.

* Juan Luis Linares: Universitat Autònoma de Barcelona. Hospital de la Sta. Cruz y San Pablo de Barcelona (España).

E-Mail: juanlinares@telefonica.net

REVISTA ARGENTINA DE CLÍNICA PSICOLÓGICA XIX p.p. 75-81

© 2010 Fundación AIGLÉ.

El ciclo vital de la pareja

Pero la pareja no está exenta de servidumbres con respecto al ciclo vital, así que la comprensión de las complejidades de su dinámica relacional exige la introducción de una perspectiva evolutiva. Distinguiremos cuatro etapas, de las cuales dos, el *enamoramiento* y el *amor*, son prácticamente inevitables, mientras que las otras dos, el *desamor* y el *litigio*, pueden o no presentarse. Ocurre, sin embargo, que la enorme importancia clínica de estas últimas aconseja su contemplación desde una óptica terapéutica.

El enamoramiento puede ser definido como un estado psico-relacional que conjuga alegría con deseo, excitación y una sensación de bienestar, todo ello en presencia de la persona que lo provoca o evocado por su representación mental. Como fenómeno psicológico, está teñido fundamentalmente de emociones positivas, aunque la amenaza de la pérdida, y más aún su materialización, puede generar afectos negativos de gran destructividad, como agresividad o depresión. En tanto que fenómeno relacional, suele presentarse en los primeros momentos del ciclo vital de la pareja, aunque existen excepciones de enamoramientos tardíos de relaciones preexistentes. Algunas descripciones enfatizan los aspectos físicos, que pueden incluir el aumento de la frecuencia cardíaca y respiratoria o del tono muscular, la rubefacción, etc., aunque no es ciertamente esa dimensión la que aquí nos interesa.

El amor propiamente dicho es la etapa de plenitud y madurez de la relación de pareja, en la que ésta se consolida y se hace compatible con la vida en sociedad y con las actividades creativas. Una prolongación excesiva del enamoramiento no permitiría mucho más que la consagración en cuerpo y alma al ser amado, por no hablar del obstáculo que supondría para el ejercicio de la parentalidad. Por eso es comprensible que las tormentas emocionales cedan el paso a un predominio de los componentes cognitivos del amor.

El desamor, como resultado de una evolución negativa del amor, ha existido seguramente siempre, pero en los últimos tiempos ha adquirido carta de naturaleza, a caballo de la generalización de fenómenos como la separación y el divorcio. Y es probable que en ello influya el espectacular incremento de la longevidad. Hay que tener en cuenta que, hasta hace pocos años, los humanos estábamos programados para vivir no mucho más de la edad fértil de la mujer. Que el continuo desafío a la naturaleza que nos caracteriza como especie haya duplicado el promedio de vida no puede sino tener consecuencias sobre el desarrollo de la pareja. ¿Cómo evolucionará

la percepción de cada cónyuge por el otro en esos 40 años de bonificación que tocaría convivir ahora?

En cualquier caso, la separación y el divorcio, consecuencias naturales del desamor, deben ser contemplados por los terapeutas de pareja, y por la sociedad en general, como etapas del ciclo vital de la pareja: nacemos, crecemos y maduramos, nos enamoramos, hacemos y deshacemos parejas, y morimos. Mientras menos carga de culpa o de fracaso conlleve el proceso, menos doloroso será. Y menos graves las consecuencias para la salud mental de los cónyuges y de sus hijos.

Si la relación hace crisis y el desamor se instaura, la preparación de la separación y el divorcio debería conllevar una reconversión de la conyugalidad en *post-conyugalidad*, con un predominio de los componentes pragmáticos del amor complejo, adecuadamente reformulados hacia cuestiones como la división del patrimonio común y la adecuada gestión de los hijos.

Pero, si la relación de pareja no se reformula armoniosamente como post-conyugal, es probable que se entre en la etapa de litigio, definida por la confrontación. En ella predominan de nuevo los componentes emocionales, aunque ahora de signo negativo, configurando una especie de enamoramiento a la inversa. En ese caldo de cultivo proliferan fenómenos como el mal llamado “Síndrome de Alienación Parental” (Giovanazzi y Linares, 2007), que entretienen durante años a magistrados, mediadores y terapeutas.

A efectos de entender mejor los múltiples avatares del amor complejo, vale la pena repasar separadamente la evolución de algunos de sus principales componentes a través de las etapas que acabamos de describir. Es, evidentemente, un artificio con fines didácticos, puesto que en realidad no existen soluciones de continuidad entre tales componentes.

La evolución del “pensar” amoroso

El *reconocimiento* es un componente cognitivo del amor complejo que implica la aceptación, en términos relacionales, de la existencia del otro. Es difícil de definir y de entender, porque, en el contexto de la pareja (y aún más en el de la familia de origen), parece que la existencia del otro se imponga por sí sola. ¿Cómo no voy a aceptar la existencia de alguien a quien he elegido para acompañarme en la vida, con quien hago el amor y con quien tengo hijos? Y, efectivamente, ese reconocimiento de la existencia física del otro es obvia y no plantea mayores problemas. Pero, a nivel relacional, la existencia del otro comporta una plena autonomía, con sus pro-

pias necesidades distintas de las mías, cuyo reconocimiento resulta imprescindible como ingrediente cognitivo del amor complejo. El reconocimiento supone la *confirmación* del otro, y por eso su ausencia o fracaso recibe el nombre de *desconfirmación*.

En la etapa del enamoramiento (Tabla 1), la conciencia está talmente polarizada en el ser amado, que se produce un verdadero exceso de reconocimiento o *hiperconfirmación*. El lenguaje popular posee expresiones altamente significativas de esta situación, como “*sólo veo por sus ojos*” o “*no existe otra persona que él o ella*”, que ponen de manifiesto una inversión de la relación con el otro que llega a la negación de sí mismo. En algunos casos extremos, este peculiar estado anímico equivale a una cierta *locura de amor*.

El otro gran componente cognitivo del amor complejo es la *valoración*, consistente en apreciar las cualidades del otro, aunque sean (o hasta precisamente porque sean) diferentes de las propias. En la pareja heterosexual estándar, el género es una primera fuente de valoración: me gusta su piel suave, tan distinta de la mía, o sus brazos musculosos, que yo no poseo. Y, sea cual sea el sesgo sexual de la pareja, el otro debe sentirse valorado si se pretende que se sienta amado. La ausencia de valoración recibe tradicionalmente en la literatura sistémica el nombre de *descalificación*.

En cualquier caso, el difícil ejercicio de valorar al otro en sus cualidades y en su manera de ser, se hipertrofia en el enamoramiento hasta alcanzar niveles de mitificación. El otro, idealizado, se convierte en un dechado de virtudes sin mezcla de defecto alguno. Y, cuando se alcanza la calma amorosa, el ba-

Tabla 1. Componentes cognitivos

	AMOR COMPLEJO DE PAREJA	ENAMORAMIENTO	AMOR	DESAMOR	LITIGIOS
Componentes Cognitivos	Reconocimiento	Hiperconfirmación	Confirmación serena	Desconfirmación	Reconfirmación satanizadora
	Valoración	Mitificación	Valoración positiva	Descalificación	Hipercrítica

Calmados los excesos del enamoramiento, la etapa del amor permite la confirmación serena del otro, en una aceptación plena y equilibrada de su existencia relacional. Ya no hace falta que el resto del mundo desaparezca para que la persona del ser amado destaque sobre él en nuestra apreciación subjetiva.

Pero, si en un determinado momento se impone la lógica del desamor, será el tiempo de la desconfirmación. Pequeños indicios pueden estar presentes ya en etapas anteriores, bajo el signo indiscutido del amor: olvidar fechas de aniversarios, no reparar en un nuevo peinado, o hasta necesitar momentos de intimidad sin la presencia del otro. Pero cuando esa dinámica adquiere carácter predominante, se convierte en desconfirmadora, poniendo de manifiesto un serio deterioro de la pareja.

Por último, si ésta se instala en el litigio, se asistirá a un paradójico proceso de *reconfirmación*, aunque de signo negativo. La existencia del otro puede hacerse obsesivamente omnipresente desde su condición satánica, compendiadora de todos los males. Se ha convertido en el enemigo y, para combatirlo, no se le puede ignorar.

lance de la valoración positiva se mantiene, aunque desaparezca el idealizado monolitismo previo.

El desamor es terreno abonado para la descalificación. El otro ya no gusta, e incluso lo que antes lo distinguía favorablemente de los demás, ahora se convierte en marca negativa. Lo que inicialmente era percibido como originalidad pasa a ser calificado de histrionismo, y si antes me gustaba su delgadez, ahora la veo canija. Si, además, se alcanza el estadio litigante, la hipercrítica se hará desmesurada, alcanzando todas y cada una de las cualidades del otro.

La evolución del “sentir” amoroso

Los componentes emocionales del amor complejo pueden ser clasificados en dos grandes grupos: los correspondientes al estado afectivo de base, y las pasiones.

La tabla 2 muestra cómo, en el enamoramiento, predominan las pasiones de signo positivo, que, en su exaltación, tienen el estado afectivo de base. En el período de plenitud amorosa, las pasiones retroceden, limitando su presencia a algunos momentos ocasionales, mientras que el escenario afectivo básico está presidido por la ternura y el cariño. Son

Tabla 2. Componentes Emocionales

	AMOR COMPLEJO DE PAREJA	ENAMORAMIENTO	AMOR	DESAMOR	LITIGIOS
Componentes Emocionales	Estado afectivo de base	Pasional positivo	Ternura y cariño	Aburrimiento e irritación	Pasional negativo
	Pasiones	Exaltación amorosa	Ocasionales	Ocasionales	Exaltación de odio

emociones serenas, que quizás no inspiran grandes gestas literarias, pero que garantizan un buen nivel de nutrición relacional.

Si se instaura el desamor, el estado afectivo de base va virando hacia emociones de signo negativo, principalmente la irritación y el aburrimiento, mientras que las pasiones mantienen un perfil bajo, limitadas a esporádicas irrupciones. Éstas tienden a ser progresivamente negativas, aunque a veces aparecen picos positivos en episodios de reconciliación. Si, finalmente, se instala una dinámica pleitista, se produce un regreso al clima pasional, en una especie de enamoramiento al revés. El odio lo invade todo y arrastra cualquier otra vivencia.

La evolución del “hacer” amoroso

Los componentes pragmáticos del amor complejo de pareja que destacamos como más importantes son el deseo, el sexo y la gestión de la cotidianeidad. El deseo es la antesala del sexo, aunque a veces puede haber cierta disociación entre ellos, por lo que vale la pena considerarlos separadamente. En cuanto a la gestión de la cotidianeidad, siendo una cuestión aparentemente banal, posee un potencial definitorio de la relación conyugal insospechadamente grande. Una pareja puede arruinarse por el enconamiento de un desacuerdo sobre quién, cómo y cuándo debe fregar los platos. Y, por el contrario, un acuerdo en esos temas brinda un margen de maniobra extra que puede ayudar a amortiguar los conflictos de forma muy significativa.

En el enamoramiento el deseo suele ser acuciante, y su plena realización sexual conlleva experiencias de máximo placer, rayano en el éxtasis. Una pareja puede hacer el amor durante días, sin apenas más interrupciones que las imprescindibles para las necesidades primarias, y sin reparar en lo que sucede a su alrededor. En cuanto a la gestión de la vida cotidiana, la disponibilidad de ambos miembros suele ser total, produciéndose una entrega mutua solidaria de gran generosidad (Tabla 3).

El amor estabilizado estabiliza también el deseo y el sexo. Lo contrario sería insostenible en términos evolutivos, puesto que, a plazo medio, resultaría incompatible con cualquier actividad productiva. Además, ése es el momento de negociar la gestión de la cotidianeidad, es decir, el reparto de las responsabilidades económicas y la distribución de las tareas domésticas.

Resulta obvio que, si se entra en la fase de desamor, esa negociación se deteriore, generándose múltiples reproches que impregnan la convivencia. A su vez, el deseo y el sexo se ven afectados en el sentido del empobrecimiento, aunque existen múltiples excepciones. Algunas parejas continúan teniendo una vida sexual rica hasta la víspera de la separación, y tampoco son raros los episodios de apasionamiento postrero, que prolongan la agonía de la relación en espejismos de eventuales reconciliaciones. Las cosas se complican aún más cuando, como resultado de esos ardores tardíos, se produce un embarazo asumido por la pareja. Por regla general, ello no hace sino retrasar el desenlace en forma de ruptura, generando además dinámicas bastante destructivas. Aunque, desde luego, tampoco en esta

Tabla 3. Componentes pragmáticos

	AMOR COMPLEJO DE PAREJA	ENAMORAMIENTO	AMOR	DESAMOR	LITIGIOS
Componentes	Deseo	Intenso y compulsivo	Estable y regular	Pobre y ocasional	Rechazo
Pragmáticos	Sexo	Éxtasis	Placentero	Escaso y rutinario	Inexistente
	Gestión cotidiana	Incondicional	Acuerdos negociados	Deterioro de acuerdos	Boicoteo

evolución negativa cabe descartar excepciones. Por ejemplo, estimulados por la nueva parentalidad, una pareja puede buscar recursos (v.g., una terapia) para consolidarse.

Si se da un paso más hacia la etapa de litigios, el deseo se convierte en rechazo y la sola mención del sexo como posibilidad provoca malestar. En el plano de la gestión cotidiana, la economía ostenta el protagonismo, puesto que los ex-cónyuges suelen sabotearse mutuamente en lucha por el patrimonio común.

Acerca de la relación con los hijos

Aunque el tema de estas reflexiones es la conyugalidad, no hay duda de que existen importantes influencias recíprocas entre ésta y la parentalidad. Por ello vale la pena detenerse brevemente en algunos aspectos evolutivos de la relación con los hijos a lo largo de las etapas que estamos considerando.

En la fase de enamoramiento, por regla general, aún no existen hijos de la pareja. Y menos mal que es así, porque el mundo relacional en ese momento está tan limitado a la propia pareja, que los hijos se las verían y se las desearían para hacerse percibir por sus padres. De hecho, es lo que ocurre en las situaciones especiales en que sí existen hijos de padres “enamorados”: reconciliaciones de gran intensidad pasional o nuevos enamoramientos en familias reconstituidas (Tabla 4). En tales circunstancias, los hijos, o al menos alguno de ellos, pueden sentirse olvidados por sus padres, acumulando vivencias de desconfirmación.

La etapa del amor reúne las condiciones idóneas para la crianza de los hijos: una buena y serena relación conyugal, exenta de turbulencias positivas o negativas, que permite desplegar la parentalidad atendiendo a los hijos conforme a sus necesidades. Sin embargo, también ese amor sereno puede entrañar peligros para los hijos, si los excluye demasiado rotundamente. La *deprivación* así generada (Linares y Campo, 2000) puede facilitar el desarrollo de fenómenos depresivos o de problemáticas “límite”.

Si la pareja se desliza hacia el desamor, cosa que puede ocurrir de forma lenta y solapada, el deterioro

de la conyugalidad se convierte en un poderoso acicate para conseguir aliados, y los hijos son, en tales circunstancias, los candidatos idóneos. Ciertamente que pueden defenderse, sobre todo si cuentan con figuras potentes en su entorno relacional portadoras de funciones parentales delegadas (léase abuelos, tíos, etc.), pero si sucumben a las presiones en el juego de alianzas y contra-alianzas, quedarán *triangulados*.

Por último, si la pareja parental se instala en los litigios, los hijos pueden vivir todo tipo de situaciones disfuncionales, en un contexto relacional *caótico* en el que el deterioro de la parentalidad puede correr parejo con el de la conyugalidad. No es raro que aparezcan entonces fenómenos como el “*Síndrome del Juicio de Salomón*” (Giovanazzi y Linares, 2007) o dinámicas de “*alienación parental*” (Gardner, 1992).

...Y una tipología de parejas

Algunas de las muchas eventualidades evolutivas que acaban de ser descritas en estas páginas, así como otras, muchas más, que han sido desarrolladas en otros lugares (Campo y Linares, 2002; Gottman, 1995) o que quedan por describir, dependen en mayor o menor medida del tipo de pareja de que se trate. Por eso vale la pena proponer una tipología de parejas que aporte una dimensión complementaria con lo ya expuesto.

La pareja humana se constituye de acuerdo a complejas ecuaciones, en las que suele jugar un papel preponderante el equilibrio entre *igualdad* y *diferencia*. Y en la Tabla 5 se muestra el resultado del cruce de dos dimensiones, la *organización* y la *mitología*, susceptibles de sugerir igualdad o diferencia en el imaginario de los dos miembros de la pareja.

Por organización entendemos la dimensión diacrónica de la estructura de un sistema, es decir, lo que permanece de dicha estructura a lo largo de las etapas del ciclo vital. Algunas cualidades de la organización son la *cohesión*, la *adaptabilidad* y la *jerarquía*.

Tabla 4. Aspectos evolutivos de la relación con los hijos

AMOR COMPLEJO DE PAREJA	ENAMORAMIENTO	AMOR	DESAMOR	LITIGIOS
Relación con los hijos	No existen los hijos. En reconciliaciones o reconstituciones, riesgo de desconfirmación.	Condiciones idóneas para la crianza. Riesgo eventual de deprivación.	Riesgo de triangulación.	Riesgo de caotización. Fenómenos de “alienación parental”.

Tabla 5. Tipología de parejas: dimensiones

TIPOLOGÍA DE PAREJAS	Mitologías similares compatibles (Narrativas convergentes)	Mitologías diferentes incompatibles (Narrativas divergentes)
	<i>Tipo I</i>	<i>Tipo II</i>
<i>Organización simétrica</i> (Relación basada en la igualdad)	<ul style="list-style-type: none"> - Seguridad en la exploración mutua. - Tendencia a las peleas y a los enfrentamientos. - Riesgo de ruptura por confrontación. 	<ul style="list-style-type: none"> - Fuerte excitación y sensación de aventura. - Tendencia a la simetría exacerbada por la incomprensión mutua. - Riesgo de violencia.
	<i>Tipo III</i>	<i>Tipo IV</i>
<i>Organización complementaria</i> (Relación basada en la diferencia)	<ul style="list-style-type: none"> - Tranquilidad y paz en los primeros momentos. Protección y dependencia. - Tendencia al aburrimiento. - Riesgo de ruptura por desinterés. 	<ul style="list-style-type: none"> - Relación instrumental o política. - Tendencia a la distanciación. - Riesgo de ruptura por escaso compromiso.

La jerarquía nos interesa aquí especialmente, ya que una de las dos dimensiones que se van a manejar a efectos clasificatorios es el grado de igualitarismo o de diferencia en la organización del “sistema pareja”, que coincide con los clásicos parámetros sistémicos de *simetría* y *complementariedad* (Bateson, 1936). La otra hace referencia a las mitologías, que son los espacios de consenso, en el sistema, de las narrativas individuales de sus miembros (Linares, 1996). En concreto, las parejas se pueden dividir en aquellas cuyos miembros poseen narrativas individuales inscritas en mitologías familiares (de origen) similares y compatibles, y aquellas en las que, al contrario, las narrativas individuales de sus miembros son divergentes, por proceder de mitologías familiares diferentes e incompatibles. En el primer caso será fácil consensuar una nueva mitología de la pareja y de la familia creada, mientras que en el segundo resultará arduo y conflictivo. Del cruce de estas dos dimensiones se generan cuatro tipos de pareja, que a continuación se describen.

Tipo I

La igualdad y la compatibilidad de las mitologías que cada uno aporta desde sus familias de origen facilitan una gran seguridad en la exploración mutua en los primeros momentos. Sin embargo, pronto se pone de manifiesto una tendencia a las peleas y los enfrentamientos, de la mano de la organización simétrica. Se comparten valores y creencias, se construyen fácilmente rituales comunes y no se aprecian incompatibilidades para respirar la misma atmósfera emocional, pero la pugna por definir la naturaleza de la relación puede ser demasiado fuerte. El prin-

cipal riesgo, si llega el desamor, es de ruptura por confrontación.

Tipo II

Los inicios de la pareja suelen estar marcados por una fuerte excitación y una arrebatadora sensación de aventura. Se trata, probablemente, del enamoramiento más apasionado que se pueda imaginar. Pero los códigos son tan diferentes, que no es raro que se instaure la incomprensión recíproca, en el contexto de las más tempestuosas escaladas simétricas. Existe un marcado riesgo de violencia, que puede desembocar en desenlaces trágicos (Cárdenas y Ortiz, 2005).

Tipo III

La organización complementaria y la similitud y compatibilidad de las narrativas propician unos inicios de gran paz y tranquilidad. Por regla general uno protege al otro, a la vez que éste depende del primero, aceptando ambos que la definición de la naturaleza de la relación sea responsabilidad de uno de ellos. Todos transitan terrenos conocidos y previsibles, por lo que existe poco riesgo de confrontación y, en cambio, sí de aburrimiento y desmotivación. Si se produce la separación, será más por abandono de uno de los cónyuges que no por ruptura confrontadora.

Tipo IV

Las diferencias son tan grandes, tanto a nivel organizacional como mitológico, que estas parejas

suelen ser el resultado de una relación instrumental o política. Se trata a menudo de matrimonios concertados, cuya tendencia en el desamor (que puede ser la primera etapa del ciclo de la pareja, en ausencia de enamoramiento y de amor) es a la distanciaci3n. El riesgo de ruptura por escaso compromiso relacional es alto, dándose de acuerdo con una l3gica de repudio.

Conclusiones

El paseo por el amor y el odio ha permitido revisar algunas de las m3s importantes caracteristicas del amor complejo de pareja, reflexionando sobre la evoluci3n de sus componentes cognitivos, emocionales y pragm3ticos a lo largo de las cuatro grandes etapas del ciclo vital conyugal: enamoramiento, amor, desamor y litigios.

La inclusi3n de una tipolog3a de parejas basada en el cruce de dos dimensiones, la organizaci3n y la mitolog3a, ayuda a comprender algunas de las infinitas variaciones del panorama de las relaciones conyugales. As3, por ejemplo, el *tipo II* es la f3rmula que aporta los casos m3s floridos y brillantes de enamoramiento, aunque puede desembocar en situaciones tormentosas y violentas y, eventualmente, en intens3simos litigios. El *tipo IV* es el que con m3s facilidad conduce al desamor, hasta el punto de que puede ser esa su 3nica etapa evolutiva significativa. En cuanto a los *tipos I* y *III*, quiz3s los m3s frecuentes, representan los ejemplos m3s caracter3sticos de desarrollos sim3tricos y complementarios, y, como tales, ilustran bien los modelos m3s conocidos de amor y desamor.

En definitiva, algunas ideas necesariamente parciales a prop3sito de un tema inagotable, sobre el que habr3 que volver una y otra vez.

C3rdenas, I. y Ortiz, D. (2.005). *Entre el amor y el odio. Gu3a pr3ctica contra el maltrato en la pareja*. Madrid: S3ntesis.

Cela Conde, C.J. y Ayala, F.J. (2.001). *Senderos de la evoluci3n humana*. Madrid: Alianza.

Gardner, R.A. (1992). *The Parental Alienation Syndrome: A Guide for Mental Health and Legal Professionals*. Cresskill, NJ: Creative Therapeutics.

Giovanazzi, S, y Linares, J.L. (2.007). El s3ndrome del juicio de salom3n: din3micas relacionales parentales en torno a los hijos en el proceso de separaci3n conyugal. *Sistemas familiares*, 23(1), 64-73.

Gottman, J. (1.995). Por qu3 fracasan los matrimonios. *Sistemas Familiares*, 11(1), 21-34.

Linares, J.L. y Campo, C. (2.000). *Tras la honorable fachada. Los trastornos depresivos desde una perspectiva relacional*. Barcelona: Paid3s.

Linares, J.L. (1.996). *Identidad y narrativa. La terapia familiar en la pr3ctica cl3nica*. Barcelona: Paid3s.

BIBLIOGRAF3A

Bateson, G. (1936). *Naven. Un ceremonial latmul*. Cambridge University Press. Ed. Espa3ola: J3car Universidad, Madrid, 1990.

Campo, C. y Linares, J.L. (2.002). *Sobrevivir a la pareja. Problemas y soluciones*. Barcelona: Planeta.

Abstract: An evolutive view of complex couple love is proposed, with its cognitive, emotional and pragmatic components, and through the four stages that are: in love, love, and eventually, disaffection and litigation. It also describes a typology of couples based on the intersection of two relational dimensions: organization and mythology. Finally, some correlation between typology and evolutionary perspective is suggested.